

GALICIA,

REVISTA UNIVERSAL DE ESTE REINO.

ARBOLADO.

En la obra titulada *La Botánica y los Botánicos de la Península hispano-lusitana*, por D. Miguel Colmeiro, Madrid, imprenta de M. Rivadeneyra, 1858, se halla apuntada en la página 98 la siguiente:

«805. Arbolado de Barcelona.—Por *Costa (Antonio Cipriano)*, Revista de Agríc., publicada por el Inst. de San Isidro, tomo V., Barcelona, 1856.»

«Trata de los árboles cultivados y que pudieran cultivarse en los paseos de aquella ciudad.»

Convendría que el Ilmo. Ayuntamiento de nuestra ciudad procurase tener una copia de dicha producción literaria sobre arbolado, para ver qué árboles se podrían importar á nuestras alamedas y propagarlos, además de los que ya conocemos en ellas.

Todas las principales ciudades y villas de España, se hermocean con el mayor número posible de especies de árboles vistosos, que permite la calidad del suelo de cada una, y sus respectivas influencias climatológicas.

Hace algunos años que se publicó en el *Boletín oficial* del ministerio de Fomento una memoria sobre el arbolado de Madrid, con un estado que manifiesta el número de árboles de cada especie, digna también de que sea consultada por las municipalidades de otros grandes pueblos que aspiren á dotarlos de paseos higiénicos y hermosos para la salubridad pública y recreo de sus habitantes.

Los que dudaren de la importancia que dan las municipalidades de las grandes poblaciones á la estadística de sus árboles, vean el número 41 de 22 del corriente de *El Pabellón nacional*, donde hallarán en su última columna, entre otros datos, copiados de un diario parisiense, que en 1852 los parques y jardines de París contenían 68,000 árboles, y hoy cuentan 170,000.

La municipalidad ferrolana ha empezado á introducir especies nuevas en nuestras alamedas; pero estas distan aun mucho de la hermosa variedad que hemos visto en otras ciudades y villas populosas de España.

Los que estudiamos esta clase de mejoras, celebraríamos que el Ilmo. Ayuntamiento publicase en *El Eco* un estado ó noticia del número de cada especie de árboles de los paseos de esta ciudad y de su cementerio, creando así la base de su estadística arbórea, para que se perfeccionase en el porvenir. Juzgamos oportuno hacer igual indicación á las autoridades de Marina por el de los que haya en los terrenos de sus dependencias.

Hecha esta breve indicación, impulsados de nuestro amor patrio, vamos á emitir nuestro parecer sobre la conveniencia de varias plantaciones y destrucción de otras.

Conforme á esta manifestación, opinamos que estaría bien una fila de árboles de bello adorno y de poca altura por delante del frente de las dos manzanas de la calle de la Iglesia, desde la traviesa de San Máximo hasta la de Arce, mediando entre la orilla de la mencionada fila y la acera de casas, la calle de diez varas de ancho como las otras longitudinales del centro de la población.

Ofrecerían también hermosa vista un sauce de Babilonia al pié del vértice de cada uno de los ángulos salientes de la parte alta de la fuente de la Teja, á fin de que descendiesen sus ramos péndulos sobre el vacío de entre las tópias que cercan su arqueta, y otros por la orilla exterior de las mismas, en sus pendientes.

La calle de Taxonera exige que, si quiera hasta la calzada del muelle de San Fernando, se construya del ancho de diez de varas, arrancando los álamos que tiene, y en su orilla exterior se plante una fila de

acacias ó de otros árboles vistosos de mediana altura. Esta calle debería ser entonces de solo tránsito para la gente, y el espacio restante de balasto, entre la nueva fila de árboles y la de álamos inmediata al Murallon, para carruajes y animales sueltos.

La fila de álamos que sigue inmediata á las casas y tápias de huertas, desde la dicha calzada en dirección al Cuadro de Esteiro, clama porque se arranque; pues la plantación de la nueva alameda en la parte del Sur, dará suficiente sombra al tránsito de esta gran avenida.

Fuera además conveniente reponer las acacias que faltan en las dos filas de estos árboles en el trozo de carretera inmediato á la Puerta Nueva. Así como han prosperado los que allí subsisten, prosperarían los que se repusiesen. Bien se colige que, si esta plantación se retarda, sucederá que, después de algunos años de creces, aparecerán unas de tronco grueso y grande copa y otras viceversa.

El arbolado que media entre la Iglesia y la cárcel, debiera ser de otras especies ménos comunes en el país. En caso de que haya de subsistir el mismo, extraño que no se hubiesen repuesto los piés que faltan, y los que están casi muertos por las muchas heridas que en sus troncos les han hecho.

Infero que no se hicieron viveros de buenos árboles, de que resulta plantar algunos de tronco torcido y de longitudes desiguales desde el enello á la cruz; pues los de paseos deben ser rectos y de igual altura en sus filas. Otros son demasiado endebles, por lo que tardarán mucho tiempo en desarrollarse. ¿Cuándo será árbol corpulento el que está entre los dos últimos llorones de occidente en la fila inmediata al exterior de la tápia del norte del cementerio? ¿Cuándo se agigantará la acacia recientemente plantada en la pequeña alameda del terraplen contiguo al templo de San Francisco?...

En la precitada fila exterior de árboles del cementerio, hemos notado que algunos de sus troncos fueron criminalmente maltratados, pues muestran aun sus viejas cicatrices. En la tarde del día 25 hemos visto la corteza de unos de sus gigantescos llorones con recientes heridas, por las que tal vez sean atacados de la cáries antes del tiempo de su caduquez. No conocen bien el grave mal que causan en los árboles, aunque sean corpulentos, los que así los maltratan y brutalmente los hieren.

En otro artículo sobre nuestro cementerio, nos

ocuparemos de los árboles, que, á nuestro parecer, deberían adornar su sagrado recinto.

DOMINGO DIAZ DE ROBLES.

LA PASCUA DE MAYO.

La tierra florecía, los pájaros cantaban y los humanos sonreían contentos. En la ciudad había sucedido el asueto al trabajo, en los campos reemplazaba también el reposo á los duros afanes. Las tristes nubes que suelen obscurecer la atmósfera de los vivientes, había huido por algunos momentos. Parecía que el mundo debía formar más bien el paraíso que el purgatorio de los mortales; que la existencia general tenía mayor analogía con la ventura celeste que con la dolorosa expiación. ¡Brillaba tan pura, hermosa y serena la Pascua de Mayo!

Bajo el perfumado pensil, lleno de verdor y de frescas sombras, abrían sus corolas con silenciosa delicia, rosas, lirios y azucenas. Mil insectillos zumbaban en torno suyo mientras las tórtolas silvestres arrullaban entre la yerba, y el ganado mugía en los vecinos prados. Solo Adán y Eva faltaban en el eden que bañaba la Pascua de Mayo con inefables y fúlgidos destellos.

De improviso aparecieron ambos. Deslizábase sobre césped la jóven, casi niña aún, con el regocijo de la inesperienza y el candor. Llevaba en la mano una de esas grandes pinzas de que los naturalistas se valen para coger mariposas, y la ligereza con que perseguía los galanos *lepidópteros* rebosaba en gracia infantil. Más de una vez cayó y volvió á levantarse con prontitud al correr tras una *Hesperia silvana* cuyo cuerpecillo negro y doradas alitas habían llamado su atención. Empeñóse en alcanzarla, desgarró su traje en las ramas de los arbustos que la detenían juguertonamente, y al fin rojas las megillas como las rosas de Bengala que esmaltaban el vergel, y resplandecientes los ojos como el sol primavera! que chispeaba en el espacio, gritó con expresión de triunfo:

—La cogí, Apolonio, la cogí!

Adán se adelantó entonces revestido también de gallardía y sinceridad. Examinó el animalillo que se agitaba prisionero dentro de la malla de las pinzas y dijo á la preciosa niña con intención:

—¿A quién no cautivarás tu, Consuelo?

Dirigióle, la jóven una mirada angelical, y sentándose después en un banco rústico, exclamó contemplando el claro cielo, la vegetación lozana y la placentera animación de la campiña.

—¡Qué bella es la Pascua de Mayo, querido Apolonio! Tiene más flores que las otras porque anuncia la juventud del año y la época del amor y la fertilidad de la Naturaleza. Oh! No seamos viejos nunca, amigo mio, es decir, no rechacemos jamás del corazón

la confianza en el bien que le impide endurecerse y marchitarse como las plantas en el invierno!

Hablando de este modo, soltó Consuelo involuntariamente las pinzas, que se abrieron dejando escapar la mariposa.

—Así huirá de nuestras almas con el tiempo la fé que en la actualidad las domina!—observó Apolonio suspirando.—Así la sustituirán la malicia y la desconfianza!—añadió viendo á un gusano aproximarse á las pinzas como para ocupar el lugar del fugitivo *lepidóptero*.

—No tal, si sabemos cerrarles las puertas del corazón—replicó Consuelo matando al gusano impuro.

—Pero de todas maneras, la fé se ha marchado!—prosiguió Apolonio riéndose.

—Yo la recobraré—repuso la jovencita lanzándose de nuevo en pos de la *Hesperia silvana*.

—Basta de pueriles agüeros—dijo Apolonio deteniéndola con dulzura.—Niña, la Pascua de Mayo nos inunda de flores y de rayos de sol, y léjos de aprovecharnos de su poesía; olvidamos cuán pasajeros son sus atractivos.....

—Pasajeros!—repitió Consuelo elevando hácia el firmamento azul sus grandes ojos inspirados. Te equivocas, amigo. La Pascua de Mayo es eterna, puesto que resucita todos los años acompañada del amor, la esperanza y la alegría. Igualmente duraderas serán nuestra confianza en Dios y en el porvenir de la humanidad si apesar de las tribulaciones de la vida logramos conservar el sentimiento de justicia que nos prohíbe juzgar á todos por algunos, y considerar común la corrupcion porque haya pecadores en la faz del universo!

En seguida Adán y Eva entablaron sentimental coloquio á compás de los arrullos de las tórtolas, de los zumbidos de los voladores insectos, y de las murmuradoras ramas que decían misteriosamente: ¡Feliz quien ama, feliz quien cree, feliz quien refleja en su espíritu el júbilo expansivo de la Pascua de Mayo!

—Oh! Sí! Dichoso quien no niega ni desconfía!—exclamó Apolonio conduciendo á su amiga á un pabellon inmediato, donde colocándose ante uno de esos instrumentos sonoros que conocemos con el nombre de *serafinas*, comenzó á sacar de su seno armonías simpáticas y halagüeñas. Apolonio tocaba con mágica expresion el himno pascual, y las notas ligadas del órgano comunicaban elocuencia conmovedora al cántico de fé y esperanza que repetían sus palabras. Bien hayan la juventud y sencillez del corazón que constituyen la pascua primaveral de la humana existencia.

A los pocos meses, sin embargo, terminó el idilio del bosque y guardó silencio el órgano del pabellon. La prosa de la realidad sofocaba, como de costumbre, la poesía del idealismo. Apolonio fué á buscar fortuna á países distantes recibiendo la triste despedida de su madre que le destinaba á Consuelo por esposa. La pobre vieja le dijo llorando: «Adios hijo, retorna pronto.» Interin la huermanita balbuzeaba, sosteniendo á la anciana que la habia acogido en sus brazos y en su hogar: «Apolonio, á su lado me dejas y á su la-

do me hallarás á tu regreso. Acuérdate de que hemos pronunciado la palabra *siempre!* No olvides la Pascua de Mayo!»

Apolonio, efectivamente, no la vió renacer durante algunos años sin experimentar un estremecimiento secreto y misterioso. Cada vez que florecia su risueña corona, esos ángeles llamados *recuerdos puros*, lo trasladaban en sus alas al círculo de la familia ausente. Pero ya Apolonio no era el hombre cándido y sincero de sus dias de Mayo. Iniciado en la falacia del mundo, iba dejando sus ilusiones en las espinas de su ruta, como las ovejas su blanco vellon en los zarzales del camino. Manifestaban el cambio de sus sentimientos sus improvisaciones en el órgano. En lugar de himnos de gozo parecían angustiosas elegías, de representar la primavera traía á la memoria las tempestades fúnebres de las noches de Diciembre. La estacion plácida y venturosa ya no se reflejaba en su inquieto espíritu!

El torbellino vertiginoso que lo arrastraba, la ambicion de oro que se apoderó de él á medida que lo favorecía la suerte, y lo dilatado de la separacion, borraron por grados de su mente la imagen de Consuelo.—Sin duda no se le ha presentado á esa muchacha otro adorador cuando se obstina en permanecer fiel á nuestras simplezas de niños!—murmuraba con sarcasmo al leer las cartas de la jóven, pues desde que empezamos á ser egoistas, cesamos de creer en el desinterés de los demás.

Y tomaba la pluma ansiando aconsejar á Consuelo renunciára á una constancia que no le agradecía. Pero deteníalo este pensamiento.

—Si la huérfana se aparta de mi madre ¿quién acompañará y amará á la pobre anciana? Oh! No quitemos á la una la esperanza para que no pierda la otra su mejor apoyo!

Así vivió Apolonio mucho tiempo entregado á la disipacion y al materialismo. Embotóse su conciencia en medio de los fraudes y engaños con que se rozaba, se calificó de hombre de mundo porque profanaba la virtud, y al aludir á su juventud primera, decía irónicamente.—Entonces era yo crédulo y tonto. Ay! Consignió acaso la dicha perdiendo la sencillez y credulidad de que habia llegado á burlarse? El instrumento músico á quien trasmitia su alma anunciaba lo contrario. Antes cantaba suave y tiernamente: ahora se quejaba como el Manfredo de Byron exhalando amargos suspiros y desesperados clamores.

Todavía, no obstante, solia despedir algunos sonidos dulces y patéticos como vagas reminiscencias de lo pasado. Un dia la Pascua de Mayo habia rejuvenecido la tierra y el corazón hastiado de Apolonio, experimentó la influencia vivificante de la naturaleza. Se acordó de su madre, de Consuelo, de la aurora de su existir, y aproximándose al órgano, encerró en algunos acordes lastimeros un poema de emociones tristes y profundas.

—¡Salvé al gran artista!—exclamó una voz melosa á corta distancia.

Volvió Apolonio el rostro y divisó un grupo de damas elegantes que se paseaban cogiendo los lirios

de Pentecostés. Vestida Florinda de color de rosa, rivalizaba en hermosura con la reina de los jardines, compitiendo el donaire de sus movimientos con la magia falaz de sus hechizos.

Horas despues encontrábala nuevamente Apolonio en un brillante baile donde admiró su fascinadora belleza realizada por los artificios de la coquetería. El alma del hombre estragado como el paladar de los gastrónomos saciados, exige fuertes estimulantes para recobrar la sensibilidad. Apolonio, que hubiera bostezado junto á una jóven leal y modesta, se interesó al instante por la muger artera y disimulada que lo desafiaba con su imperturbable sangre fría. Bailó con Florinda, aspiró los perfumes de su prendido, se abandonó al encanto de sus seducciones, y cuando imaginaba haberla impresionado á su turno, recibió por respuesta una melodiosa carcajada.

No se necesitó más para que picada su vanidad tomara empeño en la victoria que consideraba difícil. Por lo mismo que Consuelo lo amaba fielmente, la echaba en olvido; por lo mismo al par que no estaba seguro del amor de Florinda, caía rendido á sus piés. ¡Y osan luego los hombres pedir á la muger sinceridad y candor!

Por último, transcurridos dos ó tres meses, Apolonio escribía á su madre recomendándole indugera á Consuelo á mirarlo como un hermano. «En cuanto á mí, añadía satisfecho—felicítame V. madre mia, pues he vuelto á amar y á confiar!»

¡Ah! Los egoístas cuentan sin la Providencia que castiga á cada uno por donde ha pecado. ¿Quién no sabe que la penitencia del sospechoso consiste en dudar de la verdad y en prestar crédito á la mentira? Quién....Pero continuemos sin rodeos esta relacion.

En vísperas de su boda con Florinda le presentó Apolonio su íntimo amigo, jóven perteneciente á la escuela desmoralizada que se funda en un sibaritismo corruptor. Narciso que superaba en fortuna, gallardía personal y ancha conciencia á su compañero de disipacion, no tuvo escrúpulo en quitarle la novia. Furioso Apolonio le reprochó su alevosía.

—Bah! replicó Narciso riéndose:—Con sobrada honradez me he comportado no esperando á que Florinda llevase tu nombre para deslumbrarla con mis ventajas.

Apolonio le dió un bofetón; Narciso le contestó con una estocada que lo puso al borde de la tumba, y mientras el primero luchaba con la muerte, Florinda cubierta de perlas y encajes, se casaba con el último.

Cuando Apolonio se levantó del lecho del dolor, acercándose al órgano lo hizo prorrumpir en lúgubres gemidos que revelaban la completa extincion de sus antiguas creencias. La funesta música decia elocuentemente:—Adios Pascua de Mayo, fé, confianza y juventud moral!

Y Apolonio dudó en adelante hasta de sí mismo puesto que erraba como los otros. Olvidando la prudente máxima de Consuelo: «No juzgues á todos por algunos; no conviertas los extravíos particulares en una ley general.» declaró á Satanás dueño absoluto del universo. No habia lágrimas en las cuales no dis-

tinguiera motivos de secreto interés, ni tampoco sonrisas que no empeñaran á sus ojos intenciones egoístas y miserables. Desde que negó *il bello é il buono*, como dice el poeta italiano; desde que no creyó en el amor sinó en el cálculo y la perfidia, perdió á su turno la facultad de amar, y como Lucifer, sufrió horriblemente en el infierno de su aislamiento atormentador. Causaban espanto, realmente, las armonías salvajes de su *serafina*. Las cuerdas vibradoras parecían repetir entre acordes fúnebres como la maldicion suprema los alaridos de los condenados.

—¡Canta, canta la maldad del mundo, fatal instrumento! exclamaba Apolonio oprimiendo el teclado con las manos. Y el órgano gritaba con un ruido semejante al del caos: ¡Desgracia! ¡Perversion!

Ansiano Apolonio distraerse, apenas logró reducir á metálico los bienes adquiridos, emprendió largos viages. En ninguna parte halló alivio y satisfaccion. Acompañábalo su terrible desconfianza. ¿Cómo, pues, podía ser feliz vislumbrando por todos lados emboscadas, traiciones, imposturas, apostasías é infamias? ¿Cómo interesarse por cosa alguna negando la amistad, el patriotismo, la gratitud, la abnegacion y cuanto eleva y ennoblece al hombre?

Si, porque unos profanaban las palabras sagradas de patria, lealtad y honradez, no reparó en que otros las respetaban y ponian en práctica privada y públicamente; porque muchos tropezaban y caian en el lodazal de las tentaciones, no vió á muchos tambien seguir su camino puros, fuertes y resignados. Su aciago pesimismo, que exageraba los yerros de la sociedad y las miserias de la vida humana, se aumentó con la lectura de algunas obras de Voltaire, llegando su misantropía á hacerse sistemática, como la de Timon de Atenas y la del Alcestes de Molière, á la vez que á constituir un sintoma de la enfermedad moral designada con los nombres de hipocondría y tristeza.

—¡La mariposa ha huido! ¡El gusano la ha reemplazado para siempre! repetía una tarde acordándose de su paseo con Consuelo por los bosquecillos de la Pascua primaveral. ¡Cuánto diera yo por recobrarla, es decir, por adquirir de nuevo la fé en lo bueno y probo, en lo que llamó Platon conformidad con el pensamiento de Dios y con los dictados de la conciencia!

Sacando á continuacion el retrato de Consuelo parecióle que la imágen de la jóven murmuraba *senza veder, senza parlar*.

—El soberano bien consiste en la union de la felicidad y la virtud.

—¡Patente paradoja! pensó Apolonio arrojando el retrato. ¿Acaso existe la virtud? ¿Acaso existe la felicidad?

Y aquella noche resonó el órgano como la tempestad fatídica que lleva en sus alas truenos y relámpagos.

«¿Qué haces léjos de nosotras, hijo mio? le escribió un día su madre.—¿Cómo olvidas que te aguardamos para mitigar tus pesadumbres?

—Pobre anciana!—dijo Apolonio entre irónico y enternecido.—Quizás me llamas deseando, apésar tuyo, disfrutar de las comodidades que ha de proporcionarte mi compañía. Ah! Soy un loco ó un mónstruo du-

dando al par de la única criatura que ama desinteresadamente en las regiones del egoísmo. ¡La madre! —añadió gimiendo.

Después se apoderó de su corazón embotado, extraña agitación. Cada vez que tocaba el órgano llenaban el aire sonidos tan tristes, plañideros y penetrantes, que la superstición del hijo conmovía las entrañas del hombre escéptico.

—Mi madre se muere! Debo apresurarme si quiero recoger su postrimer suspiro! exclamó tomando una resolución definitiva.

Y regresó al suelo natal.

Aunque encontró á la anciana muy achacosa, un ángel velaba por su salud. Era Consuelo, simpático ejemplo de la paciencia, el sufrimiento y la abnegación. No obstante los años transcurridos, la belleza de su alma se pintaba en la hermosura de su rostro, y la rectitud de sus ideas en el alabastro virginal de su frente.

Las dos mugeres estendieron los brazos á Apolonio; una llamándolo *hijo* con inmensa ternura; otra *hermano* con sincero perdón.

—¿Se conducirá Consuelo tan noblemente para obtener mi mano y mis riquezas?—baluceó Apolonio mirándola receloso.—Oh! Nadie volverá á engañarme como Florinda me engañó!

Pero por más que observó á Consuelo siempre la vió igual y clara como una fuente pura.—¿Te acuerdas de la Pascua de Mayo Consolación?—dijole al cabo con cierto despecho.—Mi fé y mi confianza han desaparecido como la *Hesperia silvana*. Ahora hasta de tí sospecho hipocritilla.

—Te compadezco, respondió Consuelo interin Apolonio, dirigiéndose á la *serafina*, la pulsaba lúgubremente.

—El demonio, hijo mio, está encerrado en este instrumento, exclamó su madre levantándose.—Dí conmigo, para ahuyentarlo, la mejor de nuestras oraciones: «Padre nuestro, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.»

Echóse Apolonio á reír con expresion sardónica, y tarareando una canción burlesca se encaminó á la campiña donde la Pascua de Mayo despertara en su pecho emociones angelicales. Allí estaba el pabellon con el órgano antiguo, allí el prado, allí el bosque, allí todo lo que buscaba, escepto la mariposa que habia simbolizado la fé de su juventud.

—Quizá dimana en realidad mi amargura de que no puedo repetir como mi madre: «Hágase, Señor, tu voluntad, tanto en la tierra como en el cielo» pensó de repente.

Voces femeniles lo interrumpieron. Miró al través del follage que lo ocultaba y vió llegar á su corta familia.

—Consuelo, consoladora, decia la anciana. Calma mi tormento convenciéndome de que mi hijo, cesando de creer en el bien, no ha perdido la virtud y el derecho á la proteccion de Dios.

—Madre querida, contestó la jóven con dulce firmeza. Valgámonos del amor como Jesus para regenerar al pecador. Una muger extraviada enseñó á Apolonio

la duda; nosotras en cambio le enseñaremos la confianza. Un círculo perverso le comunicó el escepticismo; la gente proba y sincera de que lo rodearemos le restituirá en compensacion, la esperanza, la fé, y, por consiguiente, la caridad. Oh! No dudemos nunca, amada madre, de la bondad de la Providencia! ¡No neguemos el perfeccionamiento de la humanidad por medio del progreso! No coloquemos entre el yerro y la enmienda la palabra ¡imposible! No incurramos locamente en un pesimismo fatal y evitaremos la desesperacion del que ve negro cuanto existe porque lo tiñe todo con el sombrío color de su propia hiel.....!

A medida que hablaba Consuelo sentia Apolonio que refrescaba su espíritu un aura suave y regeneradora. Mirando entónces en torno suyo conoció que lo circua de verdes galas la hermosa Pascua de Mayo. Brillaba el sol en la inmensidad, reinaba el contento en la campiña y jugaban las náyades en los arroyos. Familias honradas y alegres preparaban comidas sobre la yerba, la fiel esposa se apoyaba con ternura en el brazo de su compañero, los niños formaban ramos de rosas y azucenas, y los jóvenes de ambos sexos repetian en coro:—Gocemos del supremo bien que consiste en la union de la felicidad y la virtud. Muerte á los cobardes pesimistas. Gloria á los que tienen fé en la humanidad, en el progreso y en el porvenir!

Y la bulliciosa multitud, batiendo las manos, cogia las flores de la fé y la esperanza bajo el cielo de la Pascua primaveral, siempre jóven y fecunda como el entusiasmo de los generosos corazones. Y Apolonio, contemplando la nueva generacion ilustrada y pensadora que promete al universo el adelanto y las reformas benéficas, experimentó tan profunda emocion que abriéndose las fuentes de su alma brotaron lágrimas de sus ojos mientras murmuraban sus lábios:—Tiene razon mi madre. Cúmplase la voluntad de Dios en este mundo y en el otro!

¡Bien aventurados los que lloran—dijo Jesus—por que ellos serán consolados!

Apolonio dejó, por lo tanto, de sufrir. Tornó á creer en el bien y á su sagrada luz parecióle que hasta en la faz de un cadáver, que descendia al seno de la tierra con el rostro vuelto hácia el firmamento, se leia la trasmigracion del espíritu á mejores regiones.

En fin; cuando la anciana y la jóven que rogaban á Dios por el hombre ofuscado oyeron resonar nuevamente el órgano del pabellon, lanzaron exclamaciones de sorpresa y alborozo. La desesperacion habia concluido y en lugar suyo armonías inefables y tiernas, graves y sublimes, revelaban las esperanzas del filósofo y la conformidad del cristiano. Consuelo, pues, que tambien fué consolada, bendijo la *Pascua de Mayo*, símbolo de amor, ventura y prosperidad, comprendiendo que al ver reflejada en ella la bondad divina, habia recobrado el alma penitente de Apolonio la confianza, la santa confianza!

FELICIA.

POETAS.

Les galiciens furent les premiers poètes de l'Espagne. — L. A. BORDE, Itinéraire descriptif de l'Espagne, t. IV, p. 497.

Los primeros de España, galicianos
Fueron, según la histórica opinión,
Desde los celtas, griegos y romanos,
Hasta el triste Macías y Padron.

Tal vez de aqueza raza de poetas
Descienda alguno, que á nuestra actualidad,
Ufana con sus borlas y mucetas,
Diga en el plectro de su inmortalidad:

«Yo soy el hijo del galáico suelo,
Que envuelto en sus ropages de verdor
Hará escuchar su lira de consuelo,
Bajo el pendon y cruz del Salvador.

Yo soy el que nació de padre obscuro
Para anunciar al que padece el bien:
Yo los males del alma docto curo,
Mostrando el pobre niño de Belén.

Escucha, hombre infeliz, ¿has meditado
Sobre el nacer, para dictar su ley,
De sencillos pastores visitado,
Bajo el aliento de la mula y buey?

¿Sobre el nacer en un humilde establo
Para después, muriendo en una cruz,
Que ilumine la mente de san Pablo,
Dejar al mundo su divina luz?

¿Sobre el mezclar débil primer vagido,
Que ha excitado la fría desnudez
En un pesebre, con boyal mugido
Que celebre la santa cándidez?

Si has meditado sobre este nacimiento,
Al que siguió dolor, tribulación,
Y después de continuo sufrimiento
Morir clavado en cruz por un sayon:

Recibe este consuelo en tu desgracia,
Imita la cristiana heroicidad,
Y adquirirás la persuasiva gracia
Que edifica á la pobre humanidad.

Con la mula y el buey se ará la tierra,
Nace al pié del establo el labrador:
Pacífico, enemigo de la guerra,
Dá á su heredad el riego del sudor.

Apóstoles veraces del progreso,
Declarad que la vida es el afán:
Esta es la ley, que no creó un congreso:

Arad la tierra y cogereis el pan.»

Plantad el árbol para fruta y sombra,
Y para encender lumbre en el hogar,
Y para construir nave que asombra,
Y el lecho en que dormir y en que folgar.

Y el piso de la casa, y la techumbre,
El yugo, y el arado útil, en fin,
El árbol es adorno en alta-cumbre,
Y abrigo en llano de feraz confin.

Esto dirá, y alcanzará renombre
Entre los que veneran la verdad,
Amantes del trabajo, del que el hombre,
Debe parco vivir con sobriedad.

Por que el hombre de bien, cauto se filia
Entre los que practican la virtud
Para ser padres tiernos de familia,
Y aspiran á la eterna beatitud.

Galicia, entónces, de su nuevo Orfeo
Aplaudirá la melodiosa voz,
Y llevará á sus bosques por trofeo
La docta lira entre el arado y hoz.

DOMINGO DIAZ DE ROBLES.

Porto (S. Martin) 1.º de Noviembre de 1857.

CONGRESO AGRÍCOLA GALLEGO.

(Continuacion del extracto del debate en la
sesion del 28 de Julio, que quedó á la pági-
na 122 de este tomo.)

Sr. **OTERO.** Sres. sin otros títulos que vuestra benevolencia y el buen deseo del mejor éxito en la meritosa obra que útilmente os ocupa, me atrevo á dirigiros de nuevo mi poco autorizada palabra, para que os sirvais dictaminar, según es práctica en asociaciones análogas, la revision del tema que hoy debate el Congreso agrícola siendo de la mayor importancia. Y que tal es esta, no tiene réplica; pues ya sabéis que, en sentir de las mismas eminencias en ciencias naturales y físicas, y así de la reconocida médica de la presidencia dignísima en su elevada oración inaugural, es tanta la grandeza del asunto que discutís, versando sobre el trabajo, ley providencial, y la salud, ley del pueblo suprema, que para su cabal apreciacion apenas bastaria la vida entera de un verdadero hombre de ciencia.

Todo esto supuesto, humilde sin obcecacion, á fuer de adoctrinado de esa propaganda científica, sostenida por nobles ingenios que ante la Religion se inclinan abdicando, y en materia de moral política se atienen á una administracion sana, cumpla mi cometido con sinceridad y franqueza siquiera.

Justas son las quejas que se expresan sobre la amargura en las soluciones de actualidad propuestas al problema del adelantamiento cierto. Mas por fortuna tambien es incontestable que los movimientos progresivos son constantes. La verdad no puede salir

de otro camino que el de la verdad. Los cuerpos caen del lado que se les inclina. Las instituciones se desarrollan en razón de los principios que las sostienen.

Cuando en un país sus más esclarecidos hijos y decididos amigos, apesar de las profundas diferencias de opiniones que puedan separarlos, llegan á pronunciar la voz reforma, esta es la palabra de orden.

Así ha debido suceder á no dudar en este ilustrado Congreso, pensamiento feliz que honra á sus promovedores y sostenedores, dentro y fuera de la Sociedad Económica, trascendental concepción que es gloria de Galicia en el siglo XIX, que consignará la historia de nuestra época. Desde que tan memorable asamblea vino á ocuparse del estudio de problemas establecidos sobre mejoras en la constitución de la propiedad, en los trabajos rurales y de higiene social del país, el imperioso grito de reforma, que entraña necesidades vitales en la organización de los pueblos que urge satisfacer, encontró eco en el seno de esta patriótica asociación, y ese eco mágico repetido con tanta elocuencia en distintos sentidos por todos sus oradores, resume la solución de actualidad al problema del verdadero adelantamiento. La necesidad de reformas ha sido pues admitida en principio, y sin que obste á sus consecuencias, por las que el pueblo ha de ser beneficiado en mucho, el que de los temas debatidos, algunos no hayan alcanzado soluciones aceptables y tengan que esperarse las definitivas de ulteriores estudios. No es ménos recomendable el valor en las conquistas, que la prudencia en los consejos para conservarlas provechosamente. Esta tendencia laudable que se manifiesta en las terminaciones del Congreso, según resulta de lo expuesto, dice muy alto: que no es tan pronto, y completamente jamás el que sobrevengan aquí por el espíritu de reforma dominante, las grandes mudanzas deseadas por unos y temidas por otros de los sectarios obcecados de optimismo y pesimismo visionarios.

Empero como por otra parte en esta esclarecida reunión ninguno de sus miembros pudo dar muestras en sus discursos de confundir la agitación, que nada crea estable, teniendo que pasar sobre ruinas, con el progreso en que todo es duradero, marchando sobre un fondo sólido; ni al contrario señales de desconocer en pró del respeto filial, que el exceso de tradicionalismo conduce á la nulidad de la raza humana destruyendo sus conquistas, cumple también á mis fines leales que proclamando la buena inteligencia de todos, por la que han merecido bien de la patria, nos permita en debido homenaje á tan relevantes esfuerzos por la felicidad pública comprobar que mis suposiciones nada tienen de prácticas, consignando en breves rasgos las aspiraciones y tendencias siempre unánimes de este Congreso agrícola, valiéndome de los propios conceptos de sus oradores.

Bajo el dominio de ese achaque fatal de estos tiempos, el exclusivismo, como sea frecuente ver talentos los más rectos extraviarse en ageno campo al de su investigación obligada, no es de extrañar se observará algo parecido dentro de este recinto respetable; más en honor de la verdad, dichas escursiones, que pudieran señalarse en el curso de las sesiones de este Congreso científico, en vez de perjudiciales, fueron convenientes á su objeto final. Cuando en fervorosos discursos llegó á presumirse no se comprendía lo bastante el respeto á lo antiguo, ó no se entendía bien el culto del espíritu moderno, coincidió que las consecuencias que se aducían eran estas ó semejantes.

Que bajo la égida de instituciones que procuran el progreso positivo allegando el orden á la libertad, dos cosas que por cierto forman una sola, pues no hay libertad sin orden, ni orden sin libertad, al abogar según el leal saber y entender de cada uno en pró del espíritu local, aquí apocado, sí, en vista de sus lamentables resultados, la emigración de los habitantes,

la languidez de la agricultura, la industria y el comercio, pero no borrado, pues allí donde no existe el espíritu de localidad tampoco hay espíritu nacional, y este jamás ha faltado ni faltará en la patria adoptiva de D. Pelayo; en suma que intentando reanimar el espíritu local, tan bello como generoso, haciéndolo todo para los demás, nadie podrá con razón quejarse que se publiquen los abusos en la sociedad y se discutan los actos de la Administración, que las injusticias se descubran, que el movimiento de las ideas, que los sentimientos de las opiniones contrarias vengan por todas partes á despertar la vida social, política, comercial, industrial y científica.

Al protestar conformes contra el espíritu de individualidad tan funesto como egoísta, sometido al yugo de las pasiones, los oradores sentimentales, reconociendo que la decisión por el progreso no basta á atenuar siquiera los tristes resultados de aquella funesta plaga, supieron oponerle las resistencias insuperables que se ejercen en nombre de la voluntad personal contra la tiranía de la opinión, la tradición y las costumbres cuando imponen no escuchar la voz de la verdad; pero sin desatender, no obstante, la influencia de esas fuerzas queridas, que nos aproximan á nuestros contemporáneos y progenitores por consanguinidad, lazos físicos, morales, religiosos y sociales. Nacionalidad, patriotismo, respeto á los hábitos y usos de nuestros mayores, formas las más nobles de aquella potencia que nos domina desde la cuna, son invariables en el carácter general de los hijos de este suelo clásico.

Por tanto, libres de los lazos del egoísmo y de los obstáculos que crea el individualismo del hombre y de las cosas firmes en sus creencias venerandas, han podido en este Congreso orillar con fruto cuestiones vitales, y con las luces de la ciencia penetrar para su mejor inteligencia en esas regiones abstractas en que la filosofía nos hace ver á todos como hermanos, hijos del propio y Eterno Padre, augusta fuente de la justicia; procurad que lleguemos á ese estado de fraternidad y justificación, que realiza en el mundo la religión del Crucificado por el elemento santo de la caridad. Y que tal fué sin duda, sobradamente responderán estos conceptos, que reasumen lo esencial que resulta dicho en el seno de esta esclarecida reunión y tan importante á sus ulteriores trabajos como lo ha sido á los que hoy termina.

No pertenecen los gallegos á una sociedad ideal que sea necesario reconstruir en todas sus partes, sino á una de antiguo completamente formada y que también tiene historia, precedentes, hábitos, tradiciones, que habla una lengua especial, y que tiene costumbres particulares como las más que constituye nuestra nación. Verdad es, que todo no ha sido ni será inmutable en su definitiva constitución, pero sí los pueblos cambian como los individuos conservan sin embargo su identidad esencial; y esta sucesión que ofrece grandes ventajas, sirviendo para que nos aprovechemos de un tesoro de civilización penosamente reunido á través de los siglos, tiene también sus cargas irredimibles á voluntad. Somos solidarios por cierto de los errores como de los sucesos y las glorias de nuestros padres.

Es innegable que en la aplicación de las reformas útiles, hay que prescindir de la prudencia, que consiste en transigir con las opiniones que las rechazan y con los usos y costumbres que las condenan. Seguramente las ideas nuevas tienen otras exigencias que arbitrario capricho ó móviles de conveniencia. Pero también consta que estas ideas, por luminosas que sean, encuentran otras resistencias que caprichos arbitrarios, tendiendo á aislar ciertos hechos cuando no existen todos en la naturaleza, que ofrece otros á la vez, que tienen leyes respetables. Jamás pueblo alguno pudo pasar de repente de un polo á otro en ningún sentido; mientras que en todo tiempo fué más acertado modificar las instituciones progresivamente y conser-

vando. De no respetar el pasado de los pueblos, queriendo borrar de una vez todos sus defectos, fué doquier y en toda época consecuencia forzosa el general descontento, que frustra el verdadero adelantamiento, por que el pasado resiste tenazmente, y de no quedar vencido, impone siempre á la idea nueva rudas pruebas.

Sr. RODRIGUEZ SEOANE. Sres.: considerando el asunto sometido al debate de gran trascendencia para el porvenir del país, no debo prescindir de manifestar al Congreso aquellas ideas que á mi juicio pueden ser de alguna importancia.

Estoy de acuerdo con lo que ha manifestado el Sr. Casares respecto á la carencia de la cal en nuestras tierras, y aceptando igualmente la idea de que se las suministre artificialmente, propongo á este fin que se imite la práctica que está en uso en Pontevedra de abonar las tierras con las conchas marinas, la que produce excelentes resultados, quizá debidos al carbonato de cal que aquellas contienen. Conocida es la influencia que este agente químico ejerce en la producción de las partes herbáceas de los vegetales, en las que se funda principalmente la producción de los alimentos para los ganados y consiguientemente el fomento de la industria pecuaria, á la que está reservado tan grande porvenir; por lo que considero de utilidad el empleo de esa materia caliza, que haría fácil la generalización de los prados artificiales é introducir en ellos la alfalfa, que supuestas en el suelo las condiciones necesarias, sería un grande elemento de prosperidades. Respecto á este asunto el Sr. Valenzuela tiene hecho interesantes estudios, que yo creo sería conveniente utilizar para la mejora del país; y al citar á ese señor, no puedo menos de expresar mi sentimiento, por no haber concurrido á esta sesión para ilustrar al Congreso en la materia. Respecto á la cuestión de abonos ninguna otra cosa puedo decir, despues de haberlo hecho los Sres. que me han precedido en el uso de la palabra. Pero se ha tratado de otro asunto, que aun cuando no es del dominio del presente debate, ruego al Congreso que me permita presentar algunas consideraciones.

Propone el Sr. Muñoz la conveniencia del plantío de frutales y su propagación en las zonas del país, esperando que esta reforma ha de ser de resultados beneficiosos. Yo opino igualmente como ese señor, y deseo que para este objeto se eleve la petición al Gobierno con informe de las Juntas de agricultura de las respectivas provincias, bajo las dos bases siguientes: 1.º fomentar el plantío de los frutales; 2.º proteger su comercio. Para conseguir ambos objetos basta la exención de tributos por el espacio de quince años en todas las plantaciones de olivos, vides y árboles frutales. Actualmente el comercio de la fruta es insignificante en la plaza de Pontevedra, cuando bastaría la exención de tributos para fomentarlo: yo no dudo que este medio daría el resultado que se desea.

Aludido por el Sr. Casares al hacerse cargo de la idea por mí emitida respecto á la necesidad que tiene Galicia de un O'Connell para que impulse su reforma, propongo que á falta de éste se instale una congregación para el mismo objeto, cuyos miembros sean los primeros de la sociedad, los grandes señores. Esa corporación debería aplicarse á impulsar prácticamente todas las mejoras, á cuyo fin convendría que tuviese un terreno á propósito para verificar experiencias, y si un día llegara á realizarse semejante idea, propongo para aplicarle á este objeto el terreno de mi provincia que llaman Gándaras de Budiño, porque le reputo de condiciones favorables para los ensayos.

Sr. HOMBRE. Sres. Llevamos cuatro días en continua discusión y no me extraña que os canséis: no sé yo por lo mismo el indiscreto que haya de abusar de vuestra paciencia.

Esperaba con ansia este momento, no para darme en excusa, sino para cumplir un encargo que con el mayor encarecimiento y poseído del mejor deseo se sirvió hacerme el Ayuntamiento de mi país (1) al honrarme con su representación aquí: al mismo tiempo daré cuenta del resultado de mis pobres observaciones y estudios en la mejora de estiércoles y en la fertilización de terrenos, aprovechando la salmuera, que á la conclusión de cada costera inutilizan los agentes del Gobierno en las fábricas de salazón de pescados, por si en algo pueden conducir al laudable fin que nos proponemos.

Estamos en la cuarta proposición: nuestro objeto es averiguar si la generalidad de nuestras tierras carece de algun elemento favorable al desarrollo de la vegetación, y si es posible auxiliarlas por medio de las correcciones y abonos. Once años hace, señores, que nuestros viñedos están abrasados por el oidium, y otros tantos que nos vemos privados enteramente de la cosecha del vino. El vinícola paga sin consideración la contribución de inmuebles, las pensiones dominicales, los gastos de cultivo y mil y mil gravámenes, sin que coseche un solo racimo: bien merece el país, que continua con los brazos cruzados implorando el favor del cielo, que pensemos en elevar á las autoridades de la provincia sus justas súplicas por ver de conseguir que, secundando los esfuerzos de las demás de Galicia, vean como facilitar remedio á tamaño infortunio. Quizá se me conteste: ¿hay más que azufrar? La acción del individuo no es enteramente libre? Así como libremente planta, poda, cava y vendimia ¿quién le priva que con la misma libertad azufre? A donde esto no alcance, puede emplearse el ejemplo y el estímulo, como se ha contestado á mi amigo el Sr. Muñoz cuando trató de ver como extender la arboricultura en Bergantiños. El carácter, la educación, la falta de medios y otras mil circunstancias, que en nuestros paisanos se dejan conocer, contestan que todo esto es insuficiente: para azufrar se necesita: 1.º azufre barato y en abundancia, 2.º instrucción y habilidad, y 3.º fé en el remedio y constancia en el trabajo: hay trabajo: hay otros inconvenientes en los pueblos rurales, no hay droguerías ni boticas, preciso es acudir á las poblaciones mayores bastante distantes y pagar allí el azufre á 32 rs. arroba, recargadas con el importe del transporte, cuando por contrata no nos saldría á 14: se exige el dinero á la vista en el mes de Mayo. época en que nuestros labradores escasean de todo y esperan con ansia la cosecha de la patata para sostener el aliento: pero aun hay más; á mi modo de ver no basta el esfuerzo individual, yo creo preciso que todos los vinicultores caminemos á un fin, así como cuando la langosta invade los campos de Castilla, es necesario cuidar de que nadie se quede atrás, que se organicen los trabajos y que la autoridad, á donde no alcance la exhortación y el ruego, interponga con prudencia los medios coactivos, para que la inercia de unos no perjudique la acción de los más: necesitamos, pues, azufre, azufradores, instrucciones y la eficaz cooperación de la autoridad. Y los fondos? se me dirá. Hay dentro del presupuesto provincial todos los precisos en los artículos de calamidades públicas é imprevistos: donde los millones se votan por docenas, bien pueden tener cabida doce ó quince mil duros para una necesidad tan urgente, y cuando no, hagan la contrata, y désenos el azufre á precio y costas, pero entonces la porción del pobre satisfágase del presupuesto municipal.

Eché á volar, señores, la semilla que mi Ayuntamiento me proporcionó: cumplí ya su encargo: quiera Dios que fructifique, y que para el Setiembre del año venidero obtengamos los resultados: he ofrecido

(1) Noya.

ser breve y por eso paso á ocuparme del otro particular.

Creo que la sal marina es un agente inapreciable para el alimento de los ganados, para mejorar las carnes, fertilizar los terrenos y confeccionar estiércoles, si se usa con método y oportunidad: puede que me equivoque á pesar de mis experiencias, por eso antes de continuar apreciaría al Sr. Casares, que tan competente es en la materia, tuviese la bondad de rectificarme por no perder el tiempo inútilmente.

Sr. CASARES. En efecto es de suma utilidad sin duda alguna.

Continúa el orador. Me alegro tener en mi favor tan respetable autoridad, y prosigo un poco más alentado.

He llegado á comprender que los ganados mejoran mucho con el uso de la sal, ya pulverizándola sobre la yerba fresca ó húmeda cuando viene del campo, ya sazonando las encaldadas de harina y salvado que se les dan durante el invierno, ya pastando los juncales bañados por la mar: por eso el Gobierno de S. M. tiene concedido por la rebaja á los ganaderos, que reúnen cierto número de cabezas, la que necesitan inutilizada con carbon y retama, pero como en este nuestro país todo es y realmente aparece en pequeño, menos cuando se derraman los tributos, nos vemos privados de tan apreciable beneficio, en tanto grado que ni siquiera se conoce esta clase de sal en los alfolíes, aquí donde la especial situación de nuestros labradores es tan crítica que en lo general los pobres se asocian, toma cada uno su yaca á parcería y para todas las labores de la agricultura la juntan. ¡Sería difícil conseguir se extendieran á estos pobres los beneficios de que los ricos gozan sin necesitarlos tanto!

Pasemos á los terrenos: al ver yo que la escama que la sardina deja en las fábricas de salazon da tan buenos resultados en nuestros campos, y que los fomentadores de pesca la venden á muy buenos precios, lo atribuí á la parte salitrosa que adquiere en los pilos, y me dije á mí mismo: la salmuera debe ser tanto ó más eficaz, porque trae consigo los residuos de la sal de resalga. Pedí á un fomentador amigo una pipa de este caldo para hacer experimentos: su contestación fué: no puede ser, es un grande contrabando y ambos saldriamos muy mal parados de la operación. Pedí licencia en la administración local: no puedo concederla: es preciso obtenerla de la provincia: acudo á la principal y empieza un largo y detenido expediente que duró no poco tiempo, pero que seguí con constancia: después de haber informado las oficinas, el Administrador subalterno y el resguardo, se me otorgó en Enero de 1854, con mil trabas y entre ellas la de obtener previamente la autorización de la junta de sanidad: es decir, que este caldo en las fábricas, donde hay cientos de operarios, no es insano; pero en el campo y en los establos sí: esto dió lugar á un nuevo expediente aunque más ligero que vino á terminar en Mayo: allanadas tantas dificultades en una estación tan avanzada, las operaciones y los experimentos tenían que ser incompletos, y me limité á mezclar la salmuera con agua, y dar á la huerta un riego de regadera: en esta operación se mojaron las ramas de un frondoso parral y á los pocos días se han secado completamente; poco después retoñaron con más vigor y cogí buena cosecha: el terreno así preparado agradeció mucho la operación.

En el Otoño le di un riego de salmuera pura, contando con que las aguas del invierno descompondrían las partículas salitrosas infiltrándose en la tierra: he procurado animar los estiércoles, echando periódicamente en los establos debajo del ganado una cantidad de salmuera proporcionada á la de heno, y todo me ha dado tan buenos resultados, que desde entonces estoy repitiendo esas mismas operaciones y se-

guiré con ellas hasta que se me diga basta: lo que no espero, porque ningún perjuicio irrogan.

Confieso que este método es muy incompleto: que es susceptible de grandes mejoras auxiliado de las cenizas y las legías; pero mi acción está muy enervada con la intervención fiscal que sobre mí pesa.

Solia usarse en algunos puntos del litoral agua de la mar para amasar el pan, sazonar la comida de los cerdos, regar los campos y humedecer los estiércoles; más nuestros gobernantes llevados de un celo que no es del caso calificar, impusieron una prohibición tan absoluta, que hasta para usarla como medicamento se necesita receta de facultativo y el permiso previo de la administración; quedando aun al carabinero de playa la facultad de poder formar un juicio comparativo entre la cantidad estraida y la causal alegada. Así, pues, mientras el Gobierno de S. M. no se ocupe del desestanco de la sal, que bien puede emprenderse sin temor á la baja en los productos, con solo venderla en las fábricas á un precio módico, impidiendo la entrada de la del extranjero, tengo el honor de proponer al Congreso se sirva aceptar las siguientes conclusiones:

1.^a Solicitar del Gobierno que las concesiones de la sal inutilizada con carbon y retama, de que gozan los grandes ganaderos, sean extensivas á todos los labradores de Galicia, surtiéndose al efecto de la de esta clase los alfolíes y estancos.

2.^a Que haga incautar las salmueras que á la conclusión de cada costera inutilizan sus agentes en las fábricas de salazon de pescados, y nos las venda á bajo precio para mejorar los estiércoles y fertilizar los terrenos húmedos.

Y en cuanto al oidium que nos destruye las viñas y priva de las cosechas.

3.^a Que se excite el celo de la Diputación provincial de la Coruña y el de sus individuos en particular para que, secundando los esfuerzos de las demás de Galicia, vean como facilitarnos por medio de una contrata, según mejor les parezca, abundancia de azufre y azufradores, haciendo oportunamente los depósitos en los respectivos ayuntamientos, con una sencilla instrucción acerca de la época y modo de aplicarlo, y encargando muy particularmente á todas las autoridades cuiden de que las operaciones se hagan generales y simultáneas valiéndose, si preciso fuere, de los medios coactivos según su prudencia.

He concluido, posible es que haya incurrido en mil errores, pero en gracia siquiera de mi buen deseo, me prometo toda vuestra indulgencia.

Sr. PLANELLAS. Sres.: vuelvo no sé si por cuarta ó quinta vez á ocupar la atención del Congreso, no por el estéril placer de hablar, sino porque mi conciencia me impone el deber de decir cuanto crea que puede contribuir al comun bienestar. Mi objeto principal es ocuparme de los abonos, que es el asunto sometido al debate: más al final, siguiendo el ejemplo de algunos Sres. que han tratado de otras materias, tal vez apremiados por la idea de ser este el último día de sesiones, acaso me permitiré decir algo sobre las medidas que se han propuesto para propagar el cultivo de los frutales.

Entrando en el asunto de los abonos, ante todo debo manifestar, que no me propongo hacer objeción á ninguna de las ideas emitidas por varios Sres. sobre la utilidad de determinadas materias que fertilizarían grandemente los terrenos: tan lejos estoy de esto, que si mi aprobación puede servir para darlas mayor validez, yo se la presto por completo. Con todo, conviene tomar en cuenta que la mayor parte de esas prácticas son desconocidas de la generalidad de los labradores, y que además exigen anticipos imposibles de hacer por unos y repugnantes para otros, por no conocer su trascendencia; lo que vale tanto como decir, que se necesitará largo tiempo para que esas re-

formas pasen en un laudable deseo á prácticas universal ó generalmente seguidas: por esto yo creo que antes, y primero que todo, es conveniente se enseñe al labrador á perfeccionar las que viene ejerciendo de tiempo inmemorial por medio de procedimientos sencillos y económicos, en lo que no tropezaria con grandes resistencias, pues el labrador adoptaria fácilmente lo que se pareciese en algo á lo actual y que no le demandase sacrificios para el de éxito desconocido, y yo no dudo que siguiendo esta vía sencillísima se conseguiría duplicar la cantidad de materias fertilizantes de que actualmente se disponen.

Y desde luego, pasando á juzgar los procedimientos ahora en uso para elaborar las materias fertilizantes, repruebo resueltamente la práctica universal de acumular materias vegetales en los corrales de las granjas, al aire libre y al descubierto, con el solo designio y único ventaja de obtener la trituración de las partes leñosas, con el gravísimo inconveniente de tenerlas expuestas al sol, á los rocíos, á las lluvias y á todos los meteoros que volatilizan sus principios sutiles y lavan y arrastran las sales activas en positivo detrimento de la vegetación; no quedando por último más que los restos divididos de los leños y de las fibras, que son los menos apropiados para el sustento de la generalidad de las especies. Otra cosa sería si por medio de una pequeña modificación se procurase sacar todo el partido posible de estas substancias, cuya abundancia en estas comarcas permite elevar la producción de las materias fertilizantes á una cifra muy superior á la actual. Así, continuando el mismo procedimiento hasta aquí seguido para obtener la trituración de esas partes, cuya cohesión y dureza se oponen grandemente á las alteraciones pútridas que deben convertir las en abono, conviene que inmediatamente de obtenida la división mecánica se las levante é introduzca en las cuadras y establos para formar parte de las camas de las bestias y ganados, en donde vendrían á ser como esponjas que se dejarían penetrar y saturar abundantemente de las materias escretadas por aquellos, mejorando así notablemente sus condiciones y adquiriendo toda la actividad y energía fertilizante de que gozan las substancias animales. Y como nada es más común que esas plantas leñosas, que de una ú otra especie cubren hasta nuestros montes y tierras más estériles, el labrador podría repetir la operación en diversas épocas del año, principalmente en las que están poco recargadas por las labores, consiguiendo de este modo un aumento notable en cantidad y calidad de materias fertilizantes.

Repruebo igualmente la indiferencia é incuria con que los labradores desperdician los excrementos humanos, privándose de este modo del mejor y más enérgico fertilizante: en lo que, Sres., no se si es más censurable la indiferencia con que se privan de un recurso poderoso para aumentar sus rendimientos, ó la falta de policía doméstica, porque yo no tengo noticia de ninguna casa de labrador donde haya la indispensable oficina para recogerlos y guardarlos con el conveniente esmero. Y esto es precisamente lo que debiera hacerse, y podría conseguirse en las viviendas más pobres por medio de artificios sencillos y poco costosos, que pagarían abundantemente los pequeños anticipos que se hubiesen hecho, pues según cálculo fundado, puede establecerse que aceptados convenientemente, esto es, sin que se perdiera ninguna cantidad de la parte líquida, que actualmente ni aun en las ciudades se retiene en los depósitos por las particulares condiciones que se les da, y debidamente mezclados con substancias vegetales, darían en las familias menos numerosas para abonar cuatro ferrados superficiales de tierra, ó sea la sexta parte de las que un labrador mediano estercola en cada un año.

Ni tampoco se saca todo el partido posible para este concepto de la cría del ganado lanar, escaso por

demás en nuestras campiñas y montañas, donde se halla la raza más degradada que pueda verse en nuestra España, que es la morada de razas preciosas y cuna de otras que actualmente lo son más, y tal vez inferior á todas cuantas puedan verse donde quiera que la especie ovina ha obtenido alguna predilección del hombre. Y esto porque á ese animal se le tiene como un ajejo de poca monta, sin prestarle ningún cuidado, pasando las noches amontonados en cuadras infectas y los días en los montes de pastos leñosos los más insustanciales, abandonados á todas las inclemencias y á las continuadas lluvias, tan dañosas en seres á quienes la naturaleza ha cubierto de vestiduras, si estimadas, muy propias para retener la humedad, que altera profundamente su organización. El labrador se arredra ante los cuidados y repuestos que exige la estabulación, más necesaria en este clima brumoso durante la estación larguísima de las lluvias, que en muchos otros donde se halla establecida; sin reparar que este procedimiento libertaria á ese ganado de la putrididad del hígado, que aquí llaman *papera*, bajo cuyo azote ve anualmente diezmasdas las reses y hasta á veces despoblados los rediles, y que la estabulación le permitiría recoger gran copia de los estiércoles de esos animales, superiores grandemente en calidad á los de los demás animales y bestias, olvidando ó haciendo menosprecio de aquel refrán de sus mayores que respetando la decencia del Congreso, adulleraré un tanto, y dice de esos ganados: que *por ó lombo botan lan, é por (outra parte) azafran*.

Además de los medios que acabo de expresar, se presenta otro sencillo, por el que podrían los labradores duplicar la cantidad de los abonos. Aquí donde la moderada temperatura de todas las estaciones y las frecuentes lluvias promueven el desarrollo de una inmensa cantidad de vegetales de todas consistencias fibrosos, herbáceos y leñosos, cualquier labrador puede hacer grande acopio de ellos. Acumulándolos luego en medas, sustraídas de la acción de las lluvias por medio de cobertizos de bálago, que no causan ningún dispendio y solo exigen el trabajo de construirlos, ú otros económicos, se puede promover y acelerar la fermentación de aquellos á beneficio de legías derramadas sobre los montones á una temperatura muy elevada. Con este procedimiento se consigue al breve tiempo un abono vegetal tan perfectamente elaborado como se quiera, que tiene por otra parte la ventaja de contener las sales alcalinas de las legías, que son altamente útiles para la vegetación. Se presta además á modificaciones interesantes, que podrá introducir el labrador conforme á las necesidades de sus tierras, á sus particulares recursos y á los que suministra la explotación que dirige. Así cuando á sus tierras convenga la cal, podrá mezclarla con las materias vegetales antes de la fermentación, la que promoverá más pronto y la hará recorrer sus fases con mayor rapidez que de ordinario cuando se halle en estado de cal viva: y esta substancia suministrada en semejante forma produciría con más seguridad su beneficiosa influencia sobre la vegetación, por lo mismo que de este modo se evitan los peligros que la impericia ú otra causa hacen correr, cuando se practica el encaleo sobre las tierras directamente y sin ninguna substancia intermedia. También se puede comunicar mayor actividad fertilizante á esos abonos elaborándolos con la mezcla de las materias vegetales y estiércoles animales. Para esto se necesita únicamente el extractificar las partes vegetales y los animales, dando á los extractos un moderado espesor, apisonándolos del mejor modo que sea posible y empleando en seguida las legías para los fines que se dejan expresados. Al segundo día la fermentación se hace ya sensible por la elevación de la temperatura de la masa y á los quince, si se han empleado estiércoles humanos y plantas cuyo leño no tenga un espesor considerable, se habrá obtenido un magnífico abono, siempre que se haya guardado aque-

lla precaucion de resguardar la masa de las influencias atmosféricas. Yo he seguido este procedimiento en mi granja, y por esto puedo decir que, además de haber logrado en breve tiempo una cantidad de abonos considerable, las tierras que los recibieron, sirviéndome de una frase de nuestros labradores, se acuerdan de ellos á los cuatro años de este suceso.

Sres., he terminado ya lo que me habia propuesto decir sobre el asunto del actual debate, y por esto yo no pronunciaria una palabra más, sino se hubiese insistido en recomendar la conveniencia de la accion preceptiva del gobierno para conseguir la deseada y útil propagacion de los árboles frutales. Yo, Sres., no puedo consentir que corra sin correctivo esta idea, porque con solo ser acogida por vosotros veria en ella una amenaza temible contra la tranquilidad, contra los intereses y contra la libertad del labrador; amenaza que se convertiria en un padecimiento grave, si solicitando esa accion del gobierno, tuviéramos la mala fortuna de obtenerla y de que se llevase á cumplimiento. Es preciso que no nos dejemos ilusionar por nuestro buen deseo; es preciso que solamente demos acogida á lo que sea razonable y justo. Ningun gobierno tiene derecho para imponer la marcha de la actividad humana; ninguno tampoco lo tiene de despojar á los labradores de la facultad libérrima de emplear su inteligencia, sus fuerzas, sus recursos en lo que mejor les pareciere, porque la libertad de los labradores es tan atendible y tan digna de respeto como la de cualquiera otra clase de personas. Representaos por un momento adoptada esta medida y al gobierno dictando disposiciones fiscales para hacer cumplir su precepto, y aun cuando supongais que todas las personas por él encargadas de llevarlas á cabo se hallasen animadas del mejor deseo y dirigidas por una prudencia esquisita, no podreis menos de reconocer las vejaciones, los disgustos, las irritaciones á que daria lugar una gestion operada en nombre de quien no tiene poderes para ejercerla: porque, una de dos, ó el precepto se impondria pura y simplemente sin medidas coercitivas, y en este caso valiera más no pronunciarlo, ó deberia ser seguido de penas imponibles á los infractores, y en este otro se vendria á caer en la injusticia con todo su cortejo de vejaciones y perjuicios: é insisto en esta palabra injusticia, porque lo es en grandes proporciones todo lo que atenta á la legitima libertad de los hombres.

No nos cansemos en buscar remedios allá de donde no pueden venir: los gobiernos nada deben ni pueden hacer en este asunto, no siendo el dejar expedita la accion del interés particular. Sin duda la exencion de tributos por determinado período seria un aliciente para hacer plantaciones, que los gobiernos debieran otorgar para todas las de vegetales arbóreos durante todo el período en que las especies son improductivas; esto, no obstante, los síntomas de nuestra marcha económica me hacen presumir que esta idea no pasará de un deseo racional y bueno. Pero hay otros medios, á mi juicio infalibles, para conseguir esta mejora, porque dependen de nuestra particular actividad. Para esta y otras mejoras el gran medio, el único medio de conseguir las es el ejemplo, resolviéndose los propietarios acomodados á tomar parte en el cultivo, estableciendo huertas de frutales en las comarcas donde no las hay, facilitando con mano pródiga patrones y puas á los labradores, é instruyendo á aquellos que lo hubiesen menester en las sencillas operaciones de los injertos. Se duda de la eficacia de la accion particular; mas á mi, para contestar á las objeciones que en este sentido pudieran levantarse, bástame el recordar lo que aqui saben todos y que yo he adquirido por la tradicion de los naturales de este país. En un tiempo muy cercano al presente la comarca de los Angeles, si era abundante en praderas y campos de cultivo, carecia completamente de árboles frutales. Un digno cura párroco, cuyo nombre por desconocerlo

siento no poder proclamar aqui, tenia grande aficion á esos vegetales y á su cultivo, y por esto estableció su huerta, donde no tardó muchos años en ver el agradable resultado de sus afanes. Pero si los árboles medraban tanto casi como el deseo y en las épocas correspondientes se cubrian de abundantes flores y sazonados frutos, estos pocas veces entraban por las puertas de su frutero, porque el deseo hallaba medio de hacerlos pasar á estraños estómagos, burlando las dificultades de la alta cerca y la vigilancia del propietario. Y entónces fué cuando concibió el magnífico pensamiento que hace á su nombre digno de mencion eterna. Supongo que el buen cura razonaria de este modo: el mejor medio para que no haya ladrones es que todos sean ricos; el mejor medio para que no roben la fruta es que todos la tengan. Así empezó haciendo que sus feligreses le trajeran espinos de las selvas, é injertándolos en su presencia, se los daba luego, con las necesarias instrucciones para que la plantacion tuviese buen éxito. Y así como habia prosperado su huerta, prosperó tambien la de los vecinos, y andando el tiempo ya no necesitaron su cooperacion é instrucciones, ni hubo ladrones de fruta, porque todos la tenian de sobras, pues la comarca se habia convertido toda en un vergel delicioso. Fundado en esto yo digo: ¿teneis fé en las ventajas que ha de traer el plantío de los frutales? ¿Deseais ardientemente esta reforma, como no permiten dudarlos vuestros sentimientos patrióticos? Pues bien, sed la copia viviente de aquel buen cura y obtendreis los resultados más asombrosos; y no esteriliceis la voluntad en erróneos deseos, que en vez de conducir al término anhelado, no pueden dar de sí otra cosa que la continuacion del presente estado, ó lo que es peor, la perturbacion y malestar en todas las familias.

Sr. PRESIDENTE. Habiendo transcurrido las horas hábiles de la mañana se suspende la sesion y se continuará á las cinco de la tarde.

(Se reúne el Congreso á la hora señalada y dice:)

Sr. GIL (D. Pedro). Sres.: creo de mi deber rogar ante todo al Congreso se sirva tomar en consideracion, que esta es la vez primera que me atrevo á hacer uso de la palabra ante una reunion tan respetable é ilustrada; por esto espero que me será indulgente en cualquiera falta que cometa en la manera de expresarme.

Mi ánimo, Sres., no es el de objetar absolutamente en nada las ideas tan sábiamente vertidas por mis predecesores, al hablar de los correctivos y abonos de las tierras; ideas que con su habitual estilo y relevante talento, desarrollaron mi digno catedrático señor Casares y el Sr. Planellas.

El primero de dichos Sres. llama la atencion en su brillante discurso sobre el uso de la cal, como principal correctivo de la tierra en la mayor parte de localidades del suelo de nuestra Galicia, citando como modelo el empleo que hacen de este poderoso correctivo, no solo en los países más cultos del extranjero, sino en algunos puntos de Asturias y de las provincias Vascongadas; y manifestándonos con su claro lenguaje el modo y forma como debe emplearse, para mejorar los terrenos que carecen de esta substancia.

Así el Sr. Planellas con la elegancia que le es peculiar, en sus discursos acerca de las rotaciones y alternativas de cosechas más convenientes á nuestro suelo patrio, en union de otros Sres. que han tenido el uso de la palabra, nada me han dejado que desear; porque en todos he reconocido un deseo ardiente de contribuir por su parte al mejoramiento de nuestra agricultura, y por consiguiente de la clase que se dedica á ella.

Me llamó, si, la atencion el medio tan sencillo que Sr. propuso al Congreso para la mejora y pronta elaboracion de abonos; y por tanto repito, Sres., al usar

de la palabra no es mi ánimo objetar, sino añadir ó adicionar algo respecto á los correctivos de las tierras en general y á la manera facilísima de proporcionarse abonos, puntos esenciales de mi objeto.

Añadiré á lo expuesto por dichos Sres. como correctivos, ó sean sustancias que pueden mejorar las tierras de labor y aun las incultas cuando se intente beneficiarlas, además de la cal la *marga*, la *alúmina*, la *silice* y la *magnesia*: que aun cuando esta última juega un papel ménos importante que las anteriores, puede no obstante su escasez ser perjudicial, máxime en los terrenos calizos. Aunque menciono como correctivos la *marga*, *alúmina*, *silice* y *magnesia*, no se entienda que son estas sustancias en su estado de pureza, cual se preparan en los laboratorios químicos, sino las tierras madres en que dominan estas bases, que tan pródigamente nos dá naturaleza aquí y allí esparcidas, para con ellas poder mejorar las condiciones de un terreno que sea poco fértil. Más para que podamos caminar seguros al buen resultado del mejoramiento de un terreno, y para poder aplicar con más acierto el correctivo que mejor le convenga, debe hacerse un análisis químico aproximativo de las tierras madres que le forman, si no hay el hábito suficiente de conocerlas por la simple inspección, atendiendo á sus caractéres y propiedades físicas.

Generalmente los agricultores dividen las tierras arables en cuatro grandes clases, que son: las tierras negras ó frescas, que conocemos por de primera clase; las tierras blancas ó rojas, aluminosas, fuertes y frías, ó sean de segunda; las tierras calientes ó calizas, de tercera, y las areniscas ó silíceas que suelen ser ligeras, por sí solas estériles y conocidas por de cuarta clase.

Las primeras, *tierras negras*, suelen ser las más ventajosas al cultivador, por contener muchas sustancias vegetales y animales en descomposición y una proporción más adecuada á la vegetación de las tierras madres que he mencionado, y tanto en tiempo de sequedad como de lluvias, siempre se presentan francas al arado é instrumentos de labranza.

No sucede así con las tierras fuertes, en las que el arado y demás instrumentos suelen levantar grandes pedazos de tierra unida y compacta, ó sean capas, que difícilmente se deshacen y que por la influencia del calor y de los rayos solares se endurecen, así como por las lluvias se ponen pegajosas, reteniendo por mucho tiempo la humedad y no dejando infiltrar á su través las aguas; esta clase de tierras *barrosas*, cuando están secas, se pegan ó adhieren á la lengua con más ó ménos fuerza: así es que el agua y el calor ejercen alternativamente influencias desfavorables para el desarrollo de los vegetales.

(Se continuará.)

LAS HADAS DEL BOSQUE,

POR

D. RAMON SEGADE CAMPOANOR.

I

Sereno y apacible, como la conciencia del justo, corría el río *Tambre* á pocos pasos de un pequeño lugarcillo de obscuro y desconocido nombre, sin que de su seno se levantase mas voz que la de sus murmullos que la brisa llevaba hasta las vegas vecinas.

Un día era enteramente el retrato del anterior y ninguno de los que pasearon por sus orillas habia oido que sus aguas encerrasen algun misterio. Los árboles y los bosquecillos que le salian al encuentro, tampoco habian hecho más desde que salieran al mundo, que mirarse de cuando en cuando en el limpio espejo de su tersa superficie.

De aquí el que Fernando el cazador, que habitaba cerca de sus márgenes, en la humilde choza de *Piedras Negras*, tuviese reflejado en su semblante el triste ambiente que allí se respiraba.

Muchas veces al volver de perseguir todo un día un corzo ó una liebre, se dirigia á la orilla del rio y allí, arrimado á un viejo roble, se quedaba contemplando aquella naturaleza muda é inmóvil. Luego hablando consigo mismo decia:

—¡Qué suerte tan cruel me ha deparado la fortuna!... Condenado á ver correr siempre igual é inalterable este rio que pasa á mis pies, rodeado de estas montañas, de estos viejos árboles; cuya vista me cansa y ya me hastia. ¿Y qué me espera allá arriba?—y dirigia sus ojos á su choza de *Piedras Negras*.—¡Ah! un pobre hogar y una buena y anciana muger que me respeta y me quiere, pero que me fatiga con sus cuidados, y me repite todos los días un cuento de Hadas, que nunca puedo adivinar que misterioso enlace tiene con mi porvenir y mi destino por más que ella me lo asegura constantemente. Es tan cariñosa, que por no causarle un disgusto me veo obligado á oír sus tonterias y sus delirios... No he conocido otra madre ni otro ser que me amase... Las lágrimas parece como que quieren asomarse á mis ojos... pero, no, yo debo contenerlas, reprimirlas, porque los desgraciados tienen tambien la desgracia de no llorar... Sin embargo, ella, mi pobre Margarita, me dijo ayer que se acercaba el día en que seria llevado por dos Hadas, que harian cambiar mi destino... ¿Será verdad, Dios mio?... Oh! no, quimeras, sueños tal vez, á que no yo debo dar crédito... mi anciana compañera cree con esto moderar mi impaciencia... ¡Infeliz Margarita! no sabe lo que mi alma siente, lo que adivina mi corazón al través de esta negra y solitaria atmósfera que cual espesa niebla cubre mis ojos con tupida venda. Acostumbra á tenerme en sus brazos cuando niño cree que lo soy todavia! ¡Cuánto se engaña!

Siento hervir mi sangre, y que un secreto impulso me hace mover, agitarme y suspirar, por no sé que misterioso objeto que no puedo nombrar ni distinguir...

Un pequeño montecillo de césped que se levantaba

cerca del viejo árbol donde estaba arrimado Fernando le ofrecía un cómodo y mullido asiento, y después de una corta meditación que siguió á sus últimas palabras, se aprovechó de aquella circunstancia para continuar meditando sobre su suerte desgraciada, como él la llamaba.

La tarde convidaba al descanso; era á últimos de Julio y el día había estado caluroso; una calma dulce, embriagadora, se extendía por toda la naturaleza. Los últimos rayos del sol, penetrando por entre las ramas, de los sauces iban á reflejarse sobre el río cuya corriente marchaba en silencio. Fernando recostado sobre el verde césped del campo, seguía también con sus ojos aquella agua que pasaba á sus pies para no volver más. Su espíritu cansado de luchar en vano en busca de una solución de aquellos pensamientos que le asediaban; fatigado el cuerpo de caminar todo el día subiendo y bajando cerros detrás de la tímida corza ó de la astuta liebre, y magnetizado por ese ambiente dulcísimo que sale de los floridos valles á aquella hora del día, el cazador de Piedras Negras, sintió que sus párpados no obedecían á su propia voluntad y que otra más fuerte y poderosa le obligaba á dejarlos caer sobre sus ojos con una fuerza irresistible; así fué quedándose dormido á medida que la naturaleza iba también cubriéndose con el manto de la noche, hora también para ella de reposo y de descanso.

Al verle así tendido sobre el césped, podía tomarse por un hermoso ángel bajado del cielo, como mensajero celestial. Sus rubios y enortijados cabellos caían á la ventura sobre las margaritas del campo, y las nocturnas mariposas revoloteaban á su alrededor. Dibujábase en sus labios una dulce sonrisa y su rostro de finísima blancura comenzaba á cubrirse de un ligero sonrosado.

Al través de sus párpados medio caídos, pretendían atravesar los ardientes rayos de sus vivísimos ojos; ojos cuya mirada fascinaba siempre á todos cuantos hablaban al joven cazador. Joven, muy joven era; pues no llegaba todavía á los diez y seis años, que teniendo en cuenta su vida obscura y retirada y su escasa educación, podía considerarse como un niño. En aquellos momentos un dulce sueño tenía fascinado sus sentidos y se le representaba un cuadro lleno de fantásticos y deliciosos encantos que le hacían sonreír dulcemente.

II.

Suspendamos por un momento el curso de nues-

tra relación. Su autor confiesa con sentimiento que, no está en edad de tener los sueños que entretenían la sencilla imaginación de Fernando, ignora si al lector le pasará lo mismo: en cuanto á ti, *bellísima lectora*, es otra cosa, tu tienes el privilegio—inherente á tu sexo—de contar siempre con sueños envidiables, cándidos y purísimos como tu alma y tu corazón; por eso te sería indiferente colocarte en el lugar del joven cazador, pero como no sucede así con nosotros, de aquí el que nos hayamos decidido á identificarnos en su sueño.

Así á lo menos, me formaré por algunos instantes la ilusión de que soy todavía un niño.

Es una dulce y embriagadora ilusión que no debía acabarse nunca... y sin embargo, ¡cuánto no nos empeñamos en desterrarla de nuestra alma!

Que lucha más tiránica é incomprensible no entablamos con nosotros mismos para ir borrando de nuestro corazón los sentimientos más tiernos y las ideas más inocentes?... Todo parece que se conjura para cubrir del mayor ridículo los tiernos pensamientos de la infancia... La *vanidad* y el *orgullo* nos seduce, y nos entregamos á estos dos géneos del mal para pasar la vida aherrojados á sus cadenas... ¿Qué hacer? cumplimos así con nuestro destino y con la ley incomprensible y misteriosa que nos lleva á perecer, á confundirnos en la *nada* de donde hemos salido.

Al llegar á cierta época de la vida vamos perdiendo día por día, hora por hora, todo cuanto embellecía nuestra existencia; vemos desaparecer las ilusiones sentimos borrar del corazón los sentimientos más puros, y sustituir el materialismo más descarnado y grosero. Entonces nuestro espíritu se vuelve contra sí mismo, y desesperado, ó llora amargamente ó prorrumpen en maldiciones.

¡Pobre espíritu! si al llegar este día fatal no puede dirigir sus ojos al cielo y pronunciar una santa plegaria; la que le enseñó su madre al pie de la cuna, que entonces le servirá de consuelo y de bálsamo á su desesperación.

Ah! huyan, desaparezcan, una vez que así tiene que suceder; las ilusiones de niño, los encantos de la vida; pero jamás se borren de nuestra alma las máximas consoladoras de la moral cristiana que hemos aprendido de los labios de la que nos alimentó á sus pechos.

Hemos dejado á Fernando mecido en un dulce ensueño, veamos, pues, lo que soñaba Fernando.

III.

Del fondo del río salían unas voces encantadoras, alegres y extrañas; los sauces y hasta los viejos robles de sus orillas, hacían coro á aquel canto seductor y armonioso. Alguna vez se veía jugar sobre la superficie de las aguas unos seres desconocidos; eran los génius del Tambre envueltos entre la blanca espuma de sus olas. Su voz cadenciosa y sonora se oía entonces más clara y se percibía la letra de su canto.

«Salid, salid,—decían—espíritus todos del agua, de vuestra eterna prision. Llegó ya el día en que deben cesar para siempre vuestros monótonos y tristes murmullos. Alegraos, tendez vuestras alas y venid, corred á celebrar la venida de las Hadas del Bosque, que luego cruzarán al compás de tus suaves ondas. Apesuraos, que ya la pradera ha oído nuestros cantos y nos acompaña con sus armonías... Salid, salid espíritus todos del agua de vuestra eterna prision!...

»Las Hadas se acercan... hermosas como la diosa de nuestras riberas... escuchad como el compás de los remos de la misteriosa barquilla que las conduce á nuestro seno, comienza á sentirse.

»Salid, salid, espíritus todos de las aguas de vuestra eterna prision!

No tardó mucho en divisarse un ligero botecillo que á todo remo atravesaba el río, los génius divididos en varios grupos se movían y revolvían los unos contra los otros, de tal manera, que hacían imposible el distinguir quiénes eran los personajes que conducían aquella misteriosa embarcacion. Luego alcanzaron la orilla y dos figuras de muger váporosas y aéreas saltaron en tierra.

No es posible acertar á describir lo que pasaba en la naturaleza en aquellos momentos. Fernando se creía trasportado por los ángeles en un mar de delicias y creía ahogarse en tan inmensa felicidad.

Uno de aquellos génius del agua, elevándose sobre todos los demás, dejando oír su voz inimitable y dulcísima; dijo:—«He aquí las Hadas del Bosque que han llegado á cruzar las aguas del Tambre; alegraos... y entonad la cancion de la bienvenida.» Y el silencio en que todo habia quedado al pronunciar aquellas palabras el génio misterioso, fué roto por un canto acorde, unísono y celestial.

Luego vió que aquellos dos seres, Hadas, como le habian llamado, dirigían sus pasos hácia él, con esto pudo fijar su vista en ellas.

¡Qué hermosas, qué bellísimas mugeres! Jamás habia visto ojos tan encantadores, lábios tan puros y

talles tan esbeltos y flexibles. Una, la de los cabellos encanecidos, tenia una mirada de niña y una sonrisa de ángel; la otra no parecia más sinó una flor que comienza á abrirse, una de esas flores que son el encanto de los jardines por sus delicados colores y su embriagador aroma. Era tan leve su pisar, que la más tierna yerbecilla del campo no la sentía al posarse sobre ella.

Los *Espíritus* del río les habian llamado las Hadas... no podían ser otra cosa. El jóven cazador pugna por levantarse para correr en pos de aquella hermosa vision, pero el sueño le dominaba todavía y estaba fascinado, seducido por aquellas dos estrañas apariciones.

A poco el Hada de los Blancos Cabellos, llegó hasta él y le estrechó entre sus brazos, diciéndole no sé qué palabras que no le fué posible comprender; sintió entonces correr por su alma un bálsamo consolador, dulcísimo que calmó el ardor de su sangre. Casi no respiraba y al mismo tiempo se sentía vivir, pero vivir de una manera que nunca habia sentido. Los lábios de aquella Hada llegaron á posarse sobre su frente y oyó que pronunciaba estas palabras:— ¡Pobre niño!

Entonces hizo un pequeño movimiento para abrazar á su vez á aquella muger celestial, y despertó en los brazos de Margarita.

La miró y remiró cien veces... no podía creer lo que tenia ante sus ojos, rechazó sus caricias y apartando su vista de ella, la dirigía á un lado y á otro en busca de aquellas Hadas que acababa de ver á su lado; y cuando sus miradas se convencieron de que nada existía de todo cuanto habia visto, y que por doquier reinaba la calma de la noche, comenzó á llorar.

En vano la buena Margarita le interrogaba... en vano procuraba consolarle, él solo contestaba con sollozos y lágrimas.

Calmada un poco su inquietud y su dolor, tomó el camino de su choza de *Piedras Negras* seguido de aquella celosa muger que no sabia como explicarse el llanto y la tristeza del jóven á quien tanto queria.

¿Quiere saber el lector porque se encontraba allí Margarita? Porque amaba apasionadamente á Fernando con ese amor puro, desinteresado, verdadero, con el amor de madre. Raro era el día en que el jóven cazador esperaba la noche fuera de su choza de *Piedras Negras*; pero aquel habia sido justamente una escepcion y la noche se habia venido encima sin que Fernando apareciese como lo tenia de costumbre; esto la llenó de temor y de sobresalto decidiéndose á salir en su busca. Después de haber recorrido inútilmente

varios de los parages donde acostumbraba á encontrarse algunas veces, se dirigió á la orilla del río, en donde como acabamos de ver, le halló por fin en el crítico momento en que soñaba con las Hadas. Al descubrirlo no pudo contener el primer impulso de alegría y le abrazó y besó tiernamente. Aquel beso fué el que despertó á Fernando y desvaneció la risueña y encantadora vision que tenia suspensa y extasiada su alma.

IV.

Luego que Fernando y Margarita tomaron asiento cerca del hogar en su casita de Piedras Negras, se dispusieron á disfrutar una parca y humilde cena. Fernando permanecía abstraído en una dolorosa distraccion de la que no le hacian cambiar las cariñosas frases de su compañera que pronunciaba al mismo tiempo que le servia los sencillos platos que ella habia condimentado con vivo interés.

Lo que deberia extrañar mucho á cualquiera que acertase á entrar en aquellos momentos en la rústica casita, era una hermosa vagilla de plata, primorosamente cincelada que adornaba su pequeña mesa y de la que se servia Fernando. No quedaria tampoco menos admirado, si su curiosidad llegase hasta hacer un minucioso exámen en el interior de aquel rústico y caprichoso albergue. Era imposible sospechar la calidad de los objetos que se encerraban bajo un techo tan humilde, especialmente en un pequeño gabinete construido en lo más elevado de la casita, contra una de las peñas que enclavadas en uno de sus lados formaban como una pared inespugnable, y al que se subia por una estrecha escalerilla de caracol, allí habia un magnífico y elegante confidente, silleria de ébano y un velador de palo santo con embutidos de nácar; ellecho estaba escondido en medio de ricas colgaduras de la más finísima seda. En las paredes de aquel reducido aposento no se veian colgados más que los objetos que constituian la única distraccion de aquel jóven; escopetas de diferentes clases y tamaños, y algunas de valor, ya por sus adornos, ya tambien por las acreditadas fábricas á que pertenecian, cuchillos de monte con preciosos mangos, y en una palabra, todos los pertrechos de caza de lo mejor y más escogido. Cualquiera podia aventurarse á creer que aquello más parecian restos de un antiguo palacio que se habian traído allí exprofeso, que una humilde choza; tal vez no se hubiese equivocado, veamos el por que, pero para esto preciso es que nos remontemos á otra época.

Hacia justamente aquella misma noche doce años que una caravana compuesta de un hombre entrado en años, que daba claras señales de estar al servicio de una casa ilustre, y una muger, poco más ó ménos del mismo aspecto, montados ambos en dos hermosos caballos, llegaron al mismo punto donde nos hallamos con nuestra relacion. El segundo de aquellos dos viajeros depositó en los brazos de su compañero, que se habia apresurado á descender de su cabalgadura, un hermoso niño que contaria á lo más cuatro años. Entrados luego en la casita concluida de fabricar hacia muy pocos dias con no pequeña admiracion de los habitantes de las aldeas y lugares vecinos, trataron de acomodarse lo mejor posible y de descansar del viage, que segun lo fatigados que se hallaban, debiera haber sido largo y penoso.

A los pocos dias, los vecinos más inmediatos, vieron pasar al ginete anciano, que ya otra vez tuvieran ocasion de ver, entónces advirtieron que se habia dirigido al vecino de más honradez y mejor acomodado y hablándole en voz baja por un breve espacio de tiempo, siguió despues su camino. No hemos podido averiguar fijamente lo que pudo decirle, pero el hecho es, que éste se lo comunicó á los demás y que todas aquellas buenas gentes miraron siempre con respeto á los habitantes de Piedras Negras.

Ello es lo cierto que, Margarita y Fernando—pues como ya lo habrá adivinado el lector no eran otros la muger que acompañaba el viejo servidor y el niño que aquella traía en sus brazos,—eran dignos de ser queridos por su bondad y por el cariño con que miraban á todos cuantos se acercaban á su albergue. A pesar de esto, la curiosidad se habia despertado en un principio entre todos los vecinos más inmediatos á Piedras Negras, pero esta se estrellaba siempre contra el silencio que guardaba aquella muger—que aunque podria tomarse por madre de aquel niño por por lo mucho que le queria, no era más que una nodriza cariñosa.—A todas las preguntas que se le hacian contestaba de una manera tal, que no tardaron en conocer los honrados vecinos, de que era inútil insistir en averiguar la historia que encerraba aquel niño. Limitáronse pues á dar los buenos dias, á acudir con la mejor leche de sus vacas, y la escogida miel de sus colmenas á la casita de Piedras Negras, porque eran pagadas al contado y al precio que los mismos vendedores designaban.

Por su parte Margarita, velaba asiduamente por la vida del niño que se habia puesto á su cuidado: nunca una madre se habia hallado más solícita y dispuesta á querer y á amar á su hijo, como aquella

buena muger. Ella había sido escogida con intencion y notable acierto de entre las mejores que se pudieron ofrecer para tan grave cargo. Pasaba de los cuarenta años, era alta, bien formada y no carecia de distincion en su humilde clase; á primera vista se conocia que habia servido en una casa de tono é importancia. Lo más notable en ella, era la inflexibilidad de su carácter, y el exquisito tacto con que sabia llevar á aquel niño á quien educaba y obedecia á un tiempo mismo, ayudada más tarde por un anciano *preceptor* que venia todos los dias de un lugar inmediato á ejercer su magisterio sobre aquel jóven. Así fué como pudo conseguir que llegase á los diez y seis años de su vida, sin que ni un solo dia le faltase al respeto y á la obediencia ni cometiese ninguna de aquellas locuras, que aunque propias de la edad, suelen algunas veces convertirse en graves; y no se crea que Fernando era de corto ingenio y de frio y apagado temperamento, no; por el contrario, tenia elevados pensamientos, una inteligencia nada comun y fogosa y ardiente imaginacion que solo podia conseguir moderar, con el continuo ejercicio de la caza. Algunos le creian apasionado por este ejercicio; pero Margarita conocia demasiado que aquello no era más que un recurso, un medio de combatir los ardientes deseos que asaltaban de continuo á su espiritu. Su imaginacion viva y apasionada le tenia en continua inquietud, y suspiraba por el dia en que se le relevase de la educacion de aquel jóven.

Esta inquietud llegó á tomar serias proporciones algun tiempo antes del que comenzamos nuestra relacion, á causa del notable cambio que ella habia observado en el jóven cazador. Lo veia con frecuencia distraido, y si le dirigia algunas palabras, todas tenian por objeto rogarle que le sacase de aquel desierto y de aquella vida que se le hacia penosa é insoportable. ¡Cuánto no hacia sufrir esto á la pobre Margarita!...

Ella llena de temor, angustiada ante el peligro en que veia expuesto á caer á Fernando y el compromiso que de esto pudiera resultarle, no hacia más que llorar en silencio y lamentar su suerte aciaga, que le habia llevado á un puesto tan difícil y peligroso.

(Se continuará.)

Insertamos con sumo gusto la siguiente poesia que nuestra apreciable colaboradora D.^a Emilia Calé de Quintero nos remite, inspirada por el magná-

nimo rasgo de S. M. de ceder en beneficio de la nacion las tres cuartas partes de su patrimonio.

A S. M. LA REINA

por ceder á la nacion las tres cuartas partes de su Real patrimonio.

A tí *Isabel* augusta, á tí *Reina* querida,
Modelo el más completo de amor y abnegacion,
A tí que eres de España la venturosa egida
Eleva hoy sus cantares amante corazon.

Proclámante el orgullo de tus vasallos fieles,
Cuando te admira el mundo, ¡oh *Reina* sin igual!
Y cien hechos gloriosos, circundan de laureles
Las gradas de tu trono, soberbio, colosal.

Es cierto; pues no eres la altiva soberana
Que muestra de su sόlio el lujo y esplendor
Tú, de tus pueblos eres, la cariñosa hermana
Que cuando sufren lloras con lágrimas de amor.

Mil veces te se ha visto del pobre en la cabaña,
Solicita, afanosa, consuelos ofrecer,
Cual astro refulgente, que con sus luces baña
El lecho miserable donde existe el padecer:

Otras, del niño huérfano que su abandono llora
Ser tu la dulce madre, por mitigar su afan;
Y al tenderle una mano, benigna, bienhechora,
Con ella concederle, nombre, cariño y pan.

Y siempre en el recinto do mora la desgracia,
Allí donde se implora perdon ó caridad,
Te encuentras cual trasunto de Aquel que es todo gracia,
Llamándote ángel bueno de amor y de piedad.

Mas, ¡ay! que te faltaba, el rasgo sorprendente
Que en páginas de oro la historia grabará,
Y aumenta hoy de la España, el entusiasmo ardiente
Que el tiempo ni los siglos del alma borrará.

Si á la *Isabel primera* la fama le dió un nombre,
Si en su feliz reinado fué de la gloria en pos,
Para *Isabel segunda* no halla dictado el hombre
Pudiendo darlo justo, con su grandeza Dios.

La digna sucesora de cien ilustres reyes
Jamás la pompa vana del mundo acarició
Y solo cumplir quiere las sacrosantas leyes,
Que Dios con la corona tambien la confirió.

Salud *Reina* querida, joya del suelo hispano,
Recibe generosa mi sincera ovacion,
En tanto que repito, con gozo sobrehumano:
¡Viva *Isabel segunda!* honor de la Nacion.

EMILIA CALÉ DE QUINTERO.

Editor responsable,

D. FRANCISCO M. DE LA IGLESIA Y GONZALEZ.

CORUÑA. — IMPRENTA DEL HOSPICIO.
á cargo de D. Mariano M. y Sancho.